

## EL TORO DE SAN MARCOS

MENCION ESPECIAL EN EL SEGUNDO CONCURSO DE RELATO CORTO LA  
ENCERRONA –2005

Autor: Jesús Angel TESO SAENZ

Llevósele en el cuerno, y si el socorro  
No acudiera tan presto, le pudiera  
Dar con facilidad carta de horro.  
Escapó sin calzones, de manera  
Que fue de su maldita compostura  
Testigo el cielo y su mundana esfera.  
Después acá se dice que procura  
Hacer de mejor lienzo los calzones  
Y apretarlos mejor en la cintura,  
Por poder evitar murmuraciones.

### FIESTA DE TOROS EN LOS MOLARES

Baltasar del Alcázar

Comentaron que llegó entre el rechinar de los neumáticos del SEAT 600 (que adquirió sin regateo por 25.000 pesetas a un estafador de la calle Delicias de la capital) y el perfume dulzarrón de las dos hembras que se trajo como equipaje, cosidas cada una a sus sobaqueras con ese pegamento de los imposibles. El tibio sol del ocaso les alargaba las tres siluetas, siendo tanto el largor que sus sombras más parecían de montañas que de seres de carne y hueso. Al rato Juanín se abrió paso entre el tumulto, sacudió las moscas que, a pequeños puñados, nos visitaron aquella primavera y, llegándose a mí, me dijo en el oído: “Tenemos que resucitar el Toro de San Marcos”.

Luego se marchó a su casa con las dos mujeres, sin dejarnos ni siguiera la propina de un beso prestado y femenino. Se debió pasar la tarde, a juzgar por los gritos, entre monterías por entre aquellos barrancos carnales y duplicados que a las mujeres se les suponía pero, al caer la noche, vestido de bonito, Juanín se llegó hasta el bar del

Teleclub en donde, tras pedirse una Coca Cola en lugar del acostumbrado anisado, nos encontró divertidos en la partida de naipes.

—Se te ve muy exitoso, tú —le espetó Paquito nada más llegarse a él, para lanzarle con el codo un golpe casi mortal a las costillas.

—¿Qué es eso del Toro de San Marcos? —pregunté yo, aunque quizá me hubiera gustado más preguntar sobre las hechuras desnudas de aquellas hembras que Juanín se trajo de la capital.

Entonces él nos contó una historia que databa de antaño, “de nuestros tatarabuelos”, cuando en nuestro pueblo existía la tradición “del tal Toro”. Al parecer la víspera de la fiesta del Evangelista San Marcos, después de haber confesado y comulgado el mayordomo y los oficiales de la Cofradía, iban tres o cuatro de ellos a donde pastaba la vacada, a pie, con unas varas de cuatro o cinco cuartas de largas que de poco servirían ante el ataque de un toro por muy escuchimizado que éste fuera. En llegando el mayordomo con los diputados y oficiales que le acompañaban a la vacada, se acercaban al toro que aquel año determinaban traer y, sin temor alguno por su ferocidad, siendo así que en esos días suele ser mayor por estar las reses en celo, le decían *Anda acá, Marcos que ya es hora*. Con esta sola diligencia se apartaba el toro de las vacas y se venía al paso, siguiendo a los cofrades, más manso que el más manso de los corderos domésticos.

—A la entrada del pueblo nuestros tatarabuelos y tatarabuelas le aguardaban junto con otra mucha gente, pero el toro bravo de nadie se esquivaba ni nada lo embravecía y eso que los cofrades lo llevaban sin violentarlo y sin ataduras, gobernándolo con las simples palabras *Ven acá y vuelve allá, Marcos*. Pues bien —aquí Juanín sorbió ruidoso la Coca Cola que le quedaba en el vaso—, al día siguiente, en la fiesta del glorioso Evangelista, por la mañana lo traían a la ermita de Tosantos y allí, a la entrada, para poder pasar por la puerta el toro torcía la cabeza por no poder pasar de otra manera. Luego, a la vista de la Imagen, el bicho salvaje hacía tres genuflexiones y más tarde, ya en procesión, el toro iba manso junto a las andas donde iba el Santo. Y, concluida la misa, lo sacaban los cofrades diputados del concurso de la gente y diciéndole *Vete Marcos* el toro se volvía corriendo a la vacada con muestras de tanta fiereza que nadie se atrevía a acercarse a él.

—Esto, aparte de sonarme a cuento chino, me da muy mala espina —dijo Paquito.

—Es un tanto arriesgado —sostuvo Marcelino.

—Pero, ¿quién convencerá al ganadero para que nos preste el bicho? —pregunté yo mirando de hito en hito a Juanín.

—Eso corre de mi cuenta —dijo él mirando hacia un punto cardinal en el que, siguiéndolo, se encontraba la calle de La Fuente y luego su casa y luego una pared y tras la pared una cama en la que dos hembras desnudas y dormidas se abrazaban al calor de las sábanas, y también entre las sábanas se vislumbraba la silueta de un hombre talludo, que para el menester de hacer los amores se había desnudado de todo menos de la boina que le tatuaba un cerquillo en la frente... Bueno, al menos así lo imaginaba yo—. De todas formas, os aviso de que en los libros existen también los autores que dicen que al ferocísimo toro lo emborrachaban con el más fuerte de los vinos, de suerte que por esa vía lo reducían a tanta mansedumbre y blandura, que al día siguiente los niños y las doncellas lo llevaban asido con cordoncitos y trenzas hasta la ermita, en donde el borracho animal, mientras los oficios se decían, se estaba todo cabeceando y cayendo a pedazos de sueño, y se dejaba poner mil cadenas en cuello y hocicos. —En este punto Juanín nos miró a todos, uno por uno, se pidió otra Coca Cola y dijo al fin:— Pues bien, amigos todos, éste será nuestro plan B, oséase, emborrachar al morlaco para el caso que nos falle el plan A, que será el primero que expuse, el de intentar traernos al toro por las buenas. He de añadir, llegados aquí, y si me seguís en mi propósito (que no es sino el de honrar a nuestros antepasados recuperando una tradición ya desaparecida y bla, bla, bla), que el plan A implica el creer en los milagros. El plan B, en cambio, apostar por lo mundano. ¿Vosotros creéis en los milagros?

—Yo sí, yo sí, yo sí —dijo Marcelino, que se acababa de encontrar una moneda de cinco duros.

—Pues ea, bien, tú serás el que tenga el honor de decirle al toro *Anda acá, Marcos es la hora* mientras los demás estamos al quite. Si tú fallas, compañero, cumpliremos a rajatabla el plan B, para el cual será necesario un caldero de latón, una cuerda y el vino peleón más fuerte de Casa Julia, adminículos todos que yo ya me encargaré de suministrar.

—Y yo, ¿qué hago? ¿Puedo ir con vosotros? ¿Puedo, puedo, puedo? —preguntó Albertito, el hermano pequeño de Juanín.

—Tú te quedarás aquí, dando aviso a la gente para que salga a ver el toro.

No niego el que si hubiera sido otro el que hubiera propuesto tan disparatados planes nos hubiéramos reído todos de él a mandíbula batiente, pero Juanín era el que siempre llevaba la voz cantante, el único que tenía estudios, el “exitoso” con las mujeres

y con otros lances no menos peligrosos de la vida. Así que siendo a la mañana siguiente la víspera de San Marcos, salimos al campo toda la cuadrilla de amigos penetrados de un súbito alborozo. Yo llevaba en las manos dos garrafas con cinco litros de vino cada una, en tanto Juanín llevaba una cuerda y Paquito el caldero de latón. Marcelino llevaba el cuerpo desembarazado de “adminículos”, por si le tocaba correr antes de hora. Pero si bien yo aplaudía su entereza o su fe, se me vino abajo el embeleso porque quien de repente tenía la última palabra era aquel toro de astas bien colocadas, finas, de regular tamaño, de cabeza no muy voluminosa, de piel y cabos finos, de pelo lustroso, morrillo prominente, espalda llena, lomo recto, es decir, aquel animal hermosísimo y bien proporcionado que nos estaba mirando.

—Cuidado con la oreja. Fíjate en las orejas antes que en los cuernos. En cuanto las nueva, es señal de que se va a arrancar —le aconsejamos los tres al unísono al tiempo que, al unísono también, nos subíamos a lo más alto de un roble (eso era estar al quite, para nosotros).

Marcelino, con su moneda de cinco duros apiñada en una mano, le dijo al toro: “Anda acá, Marcos que ya es ho... hostias”. Y tras esa salutación salió corriendo como alma que lleva el diablo, perdiendo en la carrera hasta los calzones, gritando no sé qué de un tic en las orejas y sin que el bicho se hubiera dado por aludido. Lo último que pudimos ver, entre el ramaje, fue la polvareda que levantaron sus zapatillas de esparto en el camino de vuelta al pueblo.

—Está bien, no ponerse nerviosos. Emplearemos el plan B. A ver, cuerda, la llevo yo; vino, ajá, al caldero, ¡toma ya!, los diez litros. Y ahora, pim, pam, pum así, despacito, lo bajamos y ¡vualá!, ya está en el suelo. A esperar, pues, que se acerque el semental a beber. Agitar los brazos, coño, y hacer estrépito, para que nos vea u oiga.

Recuerdo que pasaron un par de horas en las que Juanín y Paquito se enzarzaron en una discusión sobre si estábamos o no en la querencia del toro. El animal iba y venía, de un sitio para otro. Luego pasaron más horas; tantas que nos entró hambre y sed. Tanta sed que recuerdo que dije:

—¿Sabéis qué os digo? Que yo no puedo más. Voy a tirar de la cuerda y a pegarle un par de tientos al caldero.

Dicho y hecho. Juanín y Paquito me siguieron en el propósito. Pero lo que empezó siendo un lento paladeo degeneró en un beber a trago gordo, tatos tragos gordos que, entre los tres, dimos con el vino peleón en poco rato. Declinaba la tarde en la víspera de San Marcos cuando no bajamos, sino que nos caímos del árbol. Sucede aquí un tiempo

lleno de hechos imprevistos, un llegarnos al toro bravo, que nos miraba, fijamente, agitando sus orejas, un decirle, al unísono: Anda Marcos, Marquitos, rey, vamos, que ya es hora, horita, pena, penita pena, y siendo así que cuando se está piripi se desata la bravura de hombre de los engalles que la sujetan, y siendo así que efectivamente el toro como que se amansaba y siendo así que efectivamente los milagros son posibles (luego también el plan A), al final nos llevamos al negro zaino hasta las calles del pueblo en las que, a esas horas, una multitud nocherniega de personas (a las que veíamos dobles, tripes o más, como si las miráramos por un calidoscopio) nos estaban esperando. No recuerdo muy bien, pero una de ellas era mi padre que me dijo no sé qué (en lo que entreveró las palabras “cuatro hostias bien dadas”) y luego a tus años no te dará vergüenza.

Aquí sucedieron hechos y cosas formidables que hicimos con el toro y que luego la envidia de la gente se encargaría de corromper. Pues a la mañana siguiente, con los rayos de un sol inmisericorde golpeándonos el rostro (los tres cogidos del trazo, etc.), el paisanaje nos sopeteó con sus risotadas. Y la abuela Micaela nos dio la puntilla:

—Anda, mirar a ver, ahí detrás de la iglesia tenéis a la cabra. Mirar a ver si le echáis algo de forraje.

Todos rieron pero nosotros no. Nosotros tres no doblamos la esquina fatídica, ni tan siguiera miramos desde lo lejos. Simplemente corrimos, corrimos y corrimos en dirección opuesta, pues sabíamos que el animal que había tras la iglesia, el más bello animal del mundo, que dijera Hemingway, estaba torciendo las orejas, escarbando la tierra con sus pezuñas, abriendo ya la sepultura antes de embestir al hombre, que dijera Iriarte, iniciando ya su primera y terrible carrera. Vaya si lo sabíamos.